

663



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLII

Zaragoza, 5 de julio de 1940

N.º 943

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.
Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

nuestras comidas, nuestro horario, nuestras diversiones y expansiones.

La mayor parte, la casi totalidad de la gente pasa su verano o su verano; en el mismo sitio que el invierno, sin que se hunda el universo, soportando el calor y creyéndose; fuerecuentemente unos desgraciados.

Muchos se consideran los "afortunados" y se marchan fuera de su residencia habitual, más o menos tiempo, aunque no sea más que por no soportar la humillación de no salir.

De todos modos el movimiento veraniego es enorme y, en general, aparece como una necesidad el cambiar de residencia, aunque sólo sea por unos días.

Hay quien está persuadido de ello; hay quien se deja fascinar por el atractivo, la moda, los convencionalismos sociales o la envidia.

No cabe duda que muchos necesitan un descanso; los que pasan el año en trabajo pesado para el organismo que se agota en la fábrica, en el taller, en la oficina, en el estudio... quizás fuera del aire y del sol. Una temporada o unos días al aire libre en la montaña, en el mar, o simplemente en el pueblo o en el campo, ajenos a la vida habitual, un reposo suave, son una delicia para el organismo y un sedante para el alma.

Los que tienen necesidad de aguas medicinales, baños o climas especiales hallan en esta época la mejor oportunidad para reparar o preservar su salud y volver vigorizados a emprender con ánimo el ciclo del año.

Aunque sólo sea por una modalidad de expansión y de placer muchas gentes huyen de las ciudades buscando climas frescos o al menos unos días de desocupación y gozan pasando la vida en el campo, libres de muchos convencionalismos sociales, con una despreocupación agradable y sencilla.

Para la gente joven es una obsesión. No conciben la vida sin salir a las playas... o a donde sea. Vida de viajes, de turismo, de deportes, de atractivos, de placeres, de ilusiones. La invasión veraniega se difunde, como el calor, por todas partes; y los que se quedan en la ciudad—la inmensa mayoría—aparecen como unos desgraciados con el estigma de la pobreza o de la desilusión.

Las leyes sociales han querido influir el espíritu cristiano haciendo ver que el obrero necesita un descanso anual; los países más progresivos proporcionan viajes y veraneos de descanso y placer a los obreros. Entre nosotros, Corporaciones, Patronatos y Asociaciones procuran esa atrayente expansión a las clases humildes y por

EL EXODO ESTIVAL

Ya estamos en pleno verano y aunque todavía no ha hecho calor es seguro que este año, como siempre, hará calor.

Para muchas gentes trae el verano una alteración en la normalidad monótona de la vida; para todos impone el calor una necesidad de adaptación transformando nuestros vestidos,

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

todas partes se multiplican las colonias escolares como enjambres infantiles.

Sobre todo es época la más a propósito para enterarse de que el mundo es algo más de lo que se percibe en la monotonía, agria a veces, de la vida ordinaria. Es tiempo de gozar de la hermosura de los cielos, de contemplar la inmensidad y belleza del mar, playas, barcos, bosques, riachue-

los, cascadas, prados, pastores, ganados, campos, pueblos, valles...

Es tiempo de llevar a otra parte con nosotros nuestra fe y nuestro amor a Dios, de participar en el culto de las iglesias campesinas, de llevar nuestra instrucción religiosa y nuestra alegría cristiana a todas partes; de orar más, de comulgar mejor, de instruirnos más, porque hay más tiempo...

De lo que no es tiempo—ni ahora ni nunca—es de frivolidad, de paganismo, de llevar el escándalo de las modas indecentes a los pueblos, de deportes o exhibiciones desnudistas. El cristiano lo es siempre y lleva consigo a todas partes su alma santificada y el gozo y estima de su dignidad sobrenatural.

FELIPE CLEMENTE

YO TENGO UN TESORO...

Yo tengo un tesoro
bajado del cielo,
por eso lo estimo
más que al mundo entero.

Ni el oro ni plata
me quitan el sueño,
que con mi tesoro
estoy yo contento.

Es mi escapulario,
—el vestido angélico—

que mi santa madre
colgó de mi cuello.

Nunca me lo quito;
siempre sobre el pecho,
cuando me levanto
y cuando me acuesto.

El es una insignia
de hijo predilecto
que nos dió la Virgen
para protegernos.

Guarda del pecado;
libra del infierno;
tiene el alma pura;
da santos anhelos...

Con mi escapulario
vivir siempre quiero;
con esta mortaja
entierren mi cuerpo.

Y luego la Virgen
me saldrá al encuentro
tendiendo sus brazos
en abrazo eterno.



TRIBUNAL BARATO

—¿Está el Sr Mago?
—Sí señor, pero aspérense una mija, que ascape entrarán
—Usted será el Sr. Macario...
—Sí señor, pa servirlos.
—Ya me lo ha parecido; esperaremos un poco, ya que usted es tan amable
—Aquí semos' así; señoritos no; pero a corazón, como haiga otro.
—Ya lleva usted muchos años con el Sr. Mago y siempre se pega algo.
—Claro, algo sapega, a todos; a mí

y al Sr. Mago también, mal mestá el decilo. En el pueblo se cría uno como el ganau; aquí hay más crianza y más modos y ve uno mucho y oye mucho. El mismo Sr. Mago me lo dice que tengo mucho conocimiento; más que muchos señoritos que van bien majos po la calle, como si fuan rayes u abogaus. Ya lo icía mi agüela: ¡qué estuto es este chico!, en cuanto te escuidas t'arraña; y sólo tenía dos añicos.

—Ya se le conoce a usted. ya.

—Tol mundo ice lo mesmo. Pa la letra no doy treslari, pero pa hablar y pa saber, muchismo. Aquí ande, me ve usted, si el señor Mago llegase a faltar—no quía Dios—yo mesmo seguiría en el Trebunal, porque ya l'hi cogido la marcha y el Sr. Mago me pregunta lo que me paice desto u de loiro y luego él lo dice como si l'hubía discurrido de su cabeza. Y lo mesmo en EL ECO DE LA CRUZ... pero como has' estau aquí to la vida... ¡qué vas hacer...! ¿Han venido en pelegrinación?

—No señor. Es que nos vamos de veraneo y queremos saludar al señor Mago antes de marchar y ver si quiere algo para sus amigos; porque va haciendo calor y nos vamos todos; este año nos llevamos también a Charito y Moñoño.

—Claro, si van todos qué han de hacer los probes animalicós solicos.

—No nos llevamos ningún animal.

—¿No ha icho usted Morroño? Así licen al gato de la portera.

—Son las primitas de Lili y Pilín.

—Y eso son presonas?

—¡Qué cosas tiene el Sr. Macario!

—¿Pues de ande son ustedes? Serán de tierra de moros...

—No señor; somos de aquí.

—No hi sintido nunca esos nombres. En mi pueblo y aquí y en tierra de cristianos les ponen a los chicos cuando los bautizan José, Blas, Roque, Antón, Gabriel, Colás..., y a las chicas Juana, Pilar, María, Te-

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

resa, Petra... pero esos nombres no son de presona. Cuando la republica ya malcuero que les ponían nombres de judíos, u pior, u de nada; no querían nada de Dios y de los santos, que son los questán en el cielo. ¡Esos que sí quían sido güenos! ¡Mía que S. Roque! quiba di un lau a otro curando la peste, y de valdes, y era rico y shizo probe. Eso no lo hace ahura naide, Y to los santos han sido mu güenos; y paice que s'avergüenzan de llamasen como los cristianos y quén paicer judíos, u diablos, u masones del extranjero...

Ahura debían dase vergüenza de no paicer españoles y cristianos, queso es lo güeno. En que veo llamasen dese modo les pondría a comer debajo la mesa con los perros y gatos. A una chica aquí cerca liden Tele; pues miusté, tiene las uñas como los gatos, y los ojos que dan miedo mirala; y no pué ser otra cosa...

—¿Y usted no sale este año, señor Macario

—¿Ande?

—A veranear...

—No pué ser; tengo questar aquí. ¿Cómo voy a dejar al Sr. Mago?

—Ya lo comprendo; ni usted puede pasar sin él, ni él sin usted.

—No pué ser; hago aquí muchísima falta.

—Nosotros habíamos pensado: le diremos al Sr. Macario si quiere venir a pasar unos días a la playa; lo pasaría bien...

—Pero mu bien que lo pasaría. Usted es presona de mucho conociamiento. Dígaselo usted al Sr. Mago.

—Yo comprendo que usted hace falta aquí; porque usted limpia y barre esto, y es usted la compañía y descanso del Sr. Mago.

—No importa; otras veces hi salido; que denantes había gente güena de verdá. To la vida malcordaré del veraneo de San Sebastián. Aquello era gozar; como un señor po aquellas calles con aquellos caslícios y pol mar y por to las partes. Ya veo que usté es de lo güeno qui hay, que sinteresa por mí y Dios se lo pague.

—¡Macario...! ¡Macario!!

—(Que llama el Sr. Mago). ¡Señor!

—¿Cómo no entras, si ya es tan tarde?

—Aquí hay unos señores questán asperando, y como usté nó llamaba, por no incomodarlo...

—Que pasen.

—¿Se puede pasar?

—Adelante, adelante...

—¿Cómo está usted, Sr. Mago?

—Muy bien, gracias a Dios, y ustedes?

—Muy bien, también. Somos los de Pérez-Estúñez, ¿no recuerda usted?

—Sí, sí, mucho...

—Nos vamos a pasar el verano al pueblo; por fuerza tenemos que dar una vueltecita por nuestras fincas; y luego, a la playa, a fonificarnos un

poco. Ya saludaremos de su parte a D. Saturnino, como todos los años.

—Sí, déle muchos recuerdos, somos muy amigos.

—Es un santo; el pueblo lo quiere mucho...

—Trabaja mucho... Ya sé que aumenta la piedad en esa parroquia... Nuestra patria ha cambiado mucho, gracias a Dios.

—Tan bueno como es—porque yo lo trato muchísimo y es un santo en toda la extensión de la palabra—pero es lástima que es demasiado intransigente...

—¿Pues...?

—Se obstina en cosas nimias y va a esquinarse con todos. Y es que no se dan cuenta de lo tremendo que es lo que hemos pasado; y debían escarmentar y aprender... y no ser demasiado exigentes. Acoger con benignidad o todos, contentos de que vengan a la iglesia, pero si a los que van a la iglesia los despacha...

—No entiendo...

—El predica mucho y lo hace bien; confiesa está siempre facilitando los sacramentos; trabaja sin descanso con la doctrina, con los enfermos, con los pobres, con la Acción Católica... nos lleva de cabeza a todos... pero se le ha metido en la cabeza la mantilla y se pone nervioso con las mujeres, sobre todo con las jóvenes. Y es que es ya algo anciano y vive en su vida de formación anterior; para él no ha pasado el tiempo; ni modas, ni costumbres; está en la vida ideal de costumbres patriarcales. Ahora, la gente ha cambiado mucho, muchísimo.

—Evidente...

—No se viste como antes; la gente no se escandaliza de lo que antes se hubiera horrorizado...

—Cierto...

—Lo mismo sucede con la mantilla; en otros tiempos iba la mujer cubierta, con aspecto de recogimiento lúgubre, propio del ambiente y de la época...; ahora ya no se estilá eso; sería ridículo ver así a una joven, ni siquiera a una monja...

—Es verdad; ahora ya no llevan mantilla.

—Eso le digo yo a D. Saturnino; es una pena que no sean comprensivos, usted se da cuenta de la realidad. Pues si viera usted los jaleos que arma... y ¡qué disgustos! A Charito le dió el primer disgusto. Son niñas, les gusta presumir un poco, están en la edad y se arregla algo para salir; no con exceso—que yo no lo consentiría, de ningún modo, ya nos conoce usted—y se pone la mantilla, como ahora se lleva, para no estorbar el peinado...

Pues si viera usted D. Saturnino no lo tolera, y se obstina—¡mire usted!—en que se tape toda la cabeza. Pues entonces ¿para qué se han peinado? ¿Es que será mejor que vayan sin peinar, con todas las greñas

suelas y que se tapen con la mantilla? Son rarezas y con eso se van a enemistar con todos; algunas jóvenes se han borrado de la Acción Católica... Mire usted, Sr. Mago, que debían amonestarle, porque se va a quedar solo...

—Es una verdadera pena...

—Y muy grande. Usted es comprensivo.

—No nos entendemos. Es una verdadera pena lo que está pasando; esa desviación del sentido religioso. Un gran obispo, el fundador de las Marías de los Sagrarios, denunciaba con la mayor amargura este gran fracaso de la piedad femenina. Se creía a la mujer dominada en absoluto por el sentimiento religioso, pero es preciso reconocer que no obedecen ni al Párroco, ni a su Obispo, ni al mismo Papa. La moda—aunque sea una degradación del cristianismo—les sugestiona y apasiona; la moral cristiana, la fe y la moral que trajo y vivifica ese Jesús que tanto dicen amar, no influye en todos sus actos, ni siquiera en su piedad habitual; esa moral que ha elevado a los altares a tantas legiones de santos y por la que tantas jóvenes han dado gozosas su vida, no es ya el ideal sublime que se ostenta con orgullo y se estima sobre todo lo terreno; ya no es el recato el glorioso distintivo de toda mujer católica, que esparcía por todas partes perfume celestial... Aun en el templo, aun en la Sagrada Mesa se atreven a presentarse sin mantilla... Porque no es mantilla un pingó que saquen del bolsillo, ni una red o velo invisible. La mantilla debe cubrir totalmente la cabeza, de modo que oculte el pelo y no sea, por su arte o riqueza un nuevo atractivo femenino. En la iglesia el único atractivo debe ser Dios; nuestras miradas y nuestro corazón han de ir al Sagrario, a María nuestra Madre, a los Santos; toda otra atención es una dispersión frívola o un robo del corazón hecho a Dios en su propia casa. La iglesia insiste en su saludable rigor y se verá precisada a mayor severidad. Díga usted a D. Saturnino que ya lo esperaba yo de él, que no ceda; el templo ha de ser, es la casa de Dios y han de entrar todos con el mayor respeto; el hombre, descubierto; la mujer, cubierta.

—Pero, Sr. Mago...

—Hay que despertar. Lo pasado ha muerto para siempre. Ahora, desengañados, a vivir plenamente la vida cristiana con la mayor estima y alegría.

EL MAGO

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es EL ECO DE LA CRUZ un periódico de propaganda social y religiosa sana y popular.

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

OLOR DE CRISTO

LA VIDA DEL APOSTOLADO

No fué el "Apostolado de la Cruz" una asociación de grandes masas piadosas. Era casi un patriarcado espiritual; todos los que nos veíamos allí nos conocíamos unidos por una especie de parentesco piadoso y nos sentíamos en familia atraídos por el ascendiente de D. Juan.

No era, pues, un Cenáculo, pero sí una familia numerosa que se sentía en una intimidad deliciosa y gozaba procurando vivir intensamente la vida cristiana.

Para D. Juan era algo más que un campo de experimentación; era una parcela de cultivo intensivo entregada a su labor y dirección, para realizar sueños de ambiciones apostólicas.

Al principio fué lo que todas las demás asociaciones piadosas. Tenía su comunión mensual, y sus cultos eucarísticos por la tarde.

Aun en eso hallábamos nosotros un sabor de más intensa piedad. La Comunión se hacía con lectura espiritual durante la Misa, y cánticos. Mas por la tarde era donde se notaba mejor ese algo diferente y penetrante. D. Juan hablaba siempre en sus pláticas como enviado de Dios, pero cuando se dirigía a los suyos, a sus íntimos, tenía su palabra una espontaneidad y una luminosidad sorprendente y fascinadora y penetraba hasta el corazón, que se sentía con impulso y gozo desconocido.

Su afán era que conocieran a Jesús, que se entregaran a El plenamente, que le amaran con toda el alma.

Por eso hablaba siempre de la Eucaristía, del Sagrado Corazón de Jesús, del amor de Dios, de la presencia divina, de la Cruz, del Sacrificio, del respeto y honor debido a Dios, de la blasfemia, del respeto y santificación del día del Señor, de los humildes...

Procuraba la mayor penetración de Dios en las almas y no comprendía el aislamiento de Dios y su pueblo, precisamente en su Casa y en los actos del Culto. Quería evitar esa actitud pasiva de los fieles que asisten como espectadores y como extraños o representados y frecuentemente, distraídos o indiferentes.

Conocía bien la flaqueza humana y veía que la gente se cansa en la iglesia; que le parecen largas las funciones; sobre todo era indispensable evitar que el pueblo asista a un culto

incomprensible que respeta por rutina más que por veneración.

Por eso procuró que las funciones de la tarde no fuesen largas; una hora solamente; y con cánticos, variados y oportunos, que mantenían la atención y el interés y daban ocasión a explayar la emoción que sentían. La función se hacía corta, y salían impresionados y casi siempre comentando y prolongando la impresión espiritual.

En el Noviciado de Sta. Ana (cuando estaba en la calle Mayor) comenzó, con los primeros viernes de mes al Corazón de Jesús, una iniciación de la intervención de los fieles en el canto.

En Sta. Cruz, el "Apostolado de la Cruz" fué el que realizó esa intervención plenamente.

Ya se cantaba en muchas iglesias algún himno o cántico, por el pueblo, más o menos general, pero en el "Apostolado" eran todos, era toda la iglesia la que cantaba. Un espectáculo desconocido y, para muchos, desconcertante. La pequeña iglesia se estremecía con aquellos cánticos llenos de entusiasmo y con una fuerza que no había domado aún la suavidad gregoriana.

Luego se pensó en el canto de la liturgia, oficial y se ensayó la Misa de Angelis que transcribió aquel gran músico y gran discípulo de D. Juan, D. Francisco Agüeras, que murió santamente en la Cartuja con el nombre de D. Víctor.

El fué también el que dirigió los ensayos.

El "Apostolado" hizo la primera tirada—por cierto autógrafa—de la "Misa de Angelis" que tanto se difundió por fuera de Zaragoza.

Para que fuera completa esta incorporación del pueblo a la liturgia se editó unas hojitas con los salmos de Vísperas y Completas, que se cantaron la víspera de la Fiesta. Y también en eso fué el "Apostolado" el primero, pero sin que en esto se extendiera ni arraigara la costumbre. Era demasiado rápida la innovación.

El Apostolado fué escuela de formación cristiana y piadosa.

Fué también la Asociación oficial de la Acción Social Católica, que nació de su seno, vivía junto a sus muros y tenía en ella sus funciones reglamentarias.

JUAN DE LA CRUZ.

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Mayor, 6, 2.º dcha.—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

De 1 ejemplar de cada número, al año	2.º
2	3.00
3	3.75
4	4.50
5	5.00
10	10.00
15	12.50
20	15.00
25	16.50
30	18.00
50	26.00
100	45.00

Ecos del Sagrario

¡Señor!

Verdaderamente tus palabras son de vida eterna. Hoy, lo mismo que ayer, lo mismo que mañana y que siempre.

Tú dijiste que eras el Maestro y lo eres ahora como entonces.

Tú eres la fuente de la sabiduría y de la vida.

Así en la Hostia Santa sigues siendo la vida de tu Iglesia; mi vida también.

Aquí siento más tu grandeza y mi pequeñez y la pequeñez de todas las cosas.

Aquí Te veo a Tí; Víctima infinita y me quedo sin fuerzas para quejarme. Los santos han sacado de Tí hambre de sufrir...

Aquí veo con luz clara lo que son las injurias de los hombres, que tanto amargan la vida y perturban la paz del alma.

Veo claro que has dicho que darás a cada uno según sus obras.

No me pagarás a mi el bien que me hagan los demás, sino el bien que yo haga.

Me conviene, pues, hacer yo mucho bien, ser muy bueno, hacer muchos actos de virtud, porque sólo de eso he de ser recompensado.

Ese es mi verdadero egoísmo espiritual.

¡Cuánto tiempo he vivido como un loco!

¡Cuánto me han amargado las ofensas, las deslealtades, las desilusiones!

¡Qué torpemente han desviado o han entorpecido mis buenas obras!

¡Obrar mal o no hacer bien porque otros obran mal!

Ahora veo que es un suicidio espiritual.

¡Señor! ¡Dadme hambre y sed de santidad!

J. ADELAC.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular